





Colección Pie de Mosca, 6

YO, PARA SER FELIZ, QUIERO UN LEÓN





Diseño de cubierta: MilMadres S.L.
Diseño de colección: MilMadres S.L.
Ilustraciones de cubierta e interiores: Carlos Llabra
Correctora: Ana García de Polavieja



© Karola Cosme, 2024
Primera edición: abril, 2024

© Colección Pie de Mosca
MilMadres S.L.
c/ Doctor Cerrada 12 - Zaragoza

www.milmadres.com

BIC: FA
I.S.B.N.: 978-84-127212-7-0
Depósito Legal: Z 811-2024

Se prohíbe la reproducción total o parcial por cualquier procedimiento de este libro sin la autorización expresa y por escrito del editor.





KAROLA COSME

YO, PARA SER FELIZ, QUIERO UN LEÓN

COLECCIÓN PIE DE MOSCA





A mi principito.

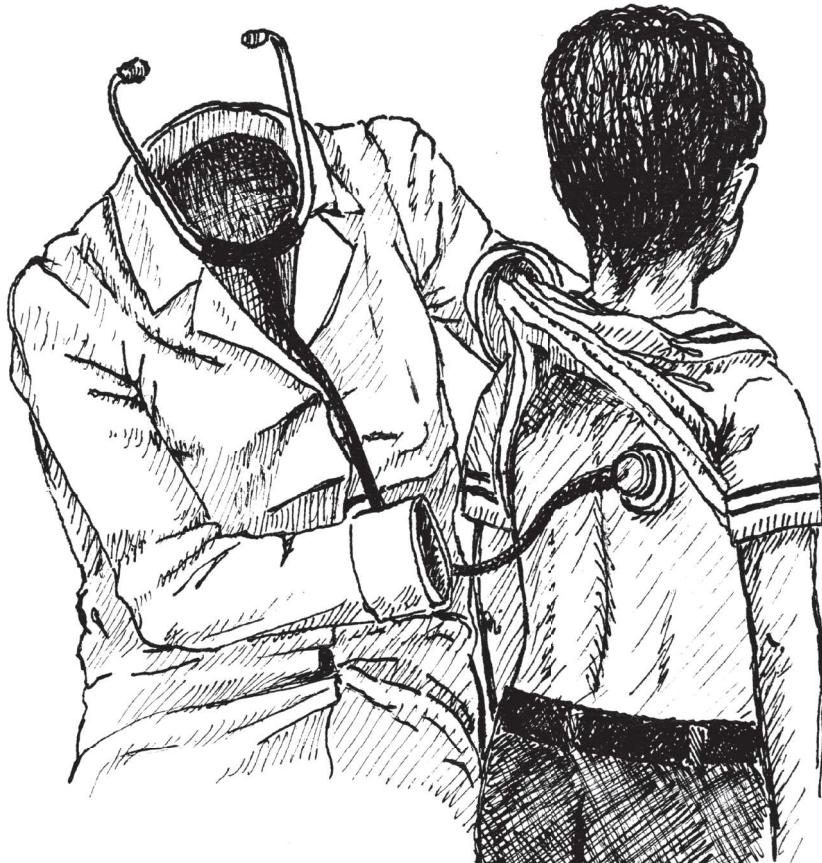




La felicidad es un viaje, no un destino.
Robin S. Sharmal



El amigo visible



La mujer invisible entra sin llamar a la consulta del médico invisible. Lleva de la mano a su hijo invisible de siete años que arrastra consigo la enervante cantinela de «¡mamá, no... mamá, no!». Tras ellos, los sigue cabizbajo un niño rubio de carne y hueso algo más pequeño; viste un conjunto de verano con estampado marinero que lo hace aún más visible.

El cuadro que se aprecia es el de un niño en edad preescolar completamente inmóvil, acorralado por una decoración aséptica, tres sillas vacías y una enorme mesa de escritorio que amenaza con engullirlo si llegara a moverse.

—Pero, bueno, ¿otra vez se le han inflamado las amígdalas al chico? —pregunta el médico invisible sin percatarse aún del nuevo acompañante.

—No, si esta vez venimos por esto —dice la mujer invisible empujando suavemente la espalda del niño de carne y hueso.

—Pero ¿qué...? —El médico recula unos centímetros en su silla giratoria. El niño del conjunto marinero le saca la lengua. El niño invisible se ríe. La mujer invisible le da una colleja al niño invisible y el médico se coloca las gafas de lectura que encuentra en el bolsillo de su bata invisible para ver mejor a la criatura.

—Verá —explica avergonzada la mujer invisible—, mi hijo tiene un amigo visible. Todo empezó hace un mes, creíamos que lo hacía por llamar la atención. Por eso de la vuelta al cole, ya sabe. Al principio no le dimos importancia, pero resulta que mi marido y yo empezamos a verlo y, si no me equivoco, usted también lo ve.

—¡Por todos los santos! Claro que lo veo. ¡Qué nitidez! ¿Y qué puedo hacer yo por este crío?

—No sé, usted es el médico. Bájele la resolución o lo que sea que haya que hacerle. Con tal de que no le contagie a mi hijo la visibilidad...

—Pero, señora, este niño existe. Ya conoce la ley: el invisible ha de ser tratado por un invisible y el visible por un visible.

—No me venga con metáforas de Saint Exupéry. Dele algo al mío entonces. ¿No ve que se le están empezando a notar las uñas de las manos y de los pies? Y todo por culpa de este esperpento que mi hijo lleva a todas partes. Incluso le está incitando para que juegue al aire libre y se ponga a dibujar como un idiota lo primero que se le venga a la cabeza. El otro día lo pillé riéndose durante más de cinco minutos, ¿se lo puede creer?

—Entiendo. —El médico teclea en el ordenador con una seriedad funeraria. Durante los tres minutos siguientes solo se escucha un tamborileo en el escritorio. El niño rubio mira al niño invisible con decepción. Finalmente, el médico imprime un informe invisible y se lo entrega a la mujer—. Aquí tiene: prohíbale «ser» tres veces al día, preferentemente antes de las comidas. Si el primer día no empezara a ver cambios, duplique la dosis. Su hijo volverá a la normalidad en una semana, se lo aseguro. El niño visible quedará en un mal recuerdo.

—¡Anda, pero si eso es lo que me decía mi madre que hiciera cuando yo era pequeña!

—¿Verdad que es infalible?

—No sabe cómo se lo agradezco, doctor. Dígame qué le debo por la molestia.

—Nada, por favor, tómelo como un regalo.

La mujer invisible y el médico invisible se estrechan las manos. En ese momento alguien entra a la consulta y pide disculpas.

—Pase, pase, que ya hemos terminado —le dice el médico al nuevo paciente.

La mujer invisible esconde con disimulo al niño rubio detrás de ella, y agradece el gesto con una sonrisa.

—Vaya con Dios, señora. Y no se preocupe —añade el médico—, que yo no he visto nada.

Cuernos peligrosos



Gritan al unísono. El coche frena en seco, y el ciervo, un macho rojizo de doscientos kilos de plenitud, les lanza una mirada inquina desde la carretera; en lugar de salir corriendo, se queda ahí pasmado intentando averiguar con su cerebro de rumiante qué demonios es esa bestia metálica que lleva a dos humanos apresados en su interior: un hombre y una mujer.

El hombre, tras reconocer de forma efímera y mental que su grito ha sido claramente más afeminado que el de ella, añade un insulto gutural como remate expresivo antes de ser consciente de la situación. Ella, con la finura de un relojero, pone una mano sobre el brazo rígido de él, que sigue aferrado al volante como una de esas barras antirrobo para coches, y lo aprieta con ternura.

El venado continúa inquisitivo. La pareja se mira sin decir nada. Sus miedos se sincronizan. El hombre prueba a tocar el claxon repetidamente para espantarlo, pero eso enfurece más al animal y provoca que se suba de un salto al capó. Como era de esperar en un Seat Toledo del 98, el ciervo se hunde en la carrocería, lanza al aire un tremendo bramido y empieza a golpear el cristal con las cuernas sin dejar de berrear. La mujer se une a la berrea.

Él está a punto de decir que la luna del coche es una mierda, que cuando fue a cambiarla se pasó por el forro las recomendaciones del mecánico de poner una más cara, pero no lo dice porque no deja de pensar que el ciervo es el puto Cujo de Stephen King con cuernos. Pero tampoco lo dice y, a pesar de su pronunciado ateísmo, comienza a rezar en silencio.

Ella, atenazada por una muerte cada vez más inminente, confiesa:

—¡Me acosté con Jano!

—Joder, Marta, ¿a qué viene eso ahora?

—Yo qué sé, por si morimos.

Las pequeñas grietas en la luna barata se ramifican vertiginosamente con cada golpe de asta.

—¡Si tienes algo que confesar, dímelo ahora, Joaquín! —le dice ella desesperada.

El hombre pierde el habla de nuevo. Sobrepassado por la inoportuna noticia de que su mujer le engaña con un tío macizorro, sumado a los continuos berreos y las embestidas, decide enfrentarse al cuadrúpedo. Abre la puerta de un golpe ante los gritos desaforados de su esposa y mira al animal con rabia. Agita los brazos de forma provocativa —quizás un tanto ridícula— y gruñe tratando de emular a un oso.

En cuestión de segundos, el ciervo retoma el suelo, coge impulso afilando las pezuñas, arremete contra él y le clava la cornamenta en el centro del pecho. No contento con eso, zarandea con fuerza el cuerpo del hombre, ya sin vida, hasta lanzarlo al extremo opuesto de la carretera. Así se declara vencedor y vencido.

La mujer, horrorizada, cree ver, entre lágrimas, el rictus de la sonrisa de Jano en el hocico sanguinolento del ciervo. Su corazón bombea en sincronía con el trote huidizo de una culpa de doscientos kilos.

En la salud y en la enfermedad



Un matrimonio es atacado por un domingo de verano en su propio salón. Ella plancha en ropa interior, lleva un conjunto de color carne, gastado —como ella—, que la hace parecer desnuda cuando la luz la golpea. Él, recién afincado en el sofá, suda como un cerdo en celo mientras repasa detalle a detalle la foto enmarcada del día de su boda.

—Cariño, supongamos que se me complica la tarde y mato a alguien, ¿me ayudarías a enterrarle en el jardín? —dice él.

—Antonio, me estás asustando. ¿Qué pasa? —contesta ella soltando la plancha en el reposa planchas. El vestido de lunares que estaba sobre la tabla cae al suelo.

—Nada, solo especulo con el poder del amor matrimonial. Es que, viendo nuestro retrato de boda, estaba pensando que el «sí quiero» lo dijimos muy rápido, y deberíamos haber leído la letra pequeña, porque seguro que la tenía.

—Amor... dime que no has matado a nadie, por favor. —Recoge sin delicadeza el vestido y le clava la mirada a su marido con unos ojos torpemente perfilados.

—Ese no sería el problema. La cuestión es si tú, mi adorada esposa, la que prometió hace ya veintisiete años serme fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y amarme y respetarme todos los días de mi vida, me ayudarías o no a enterrarle.

—Estás completamente loco —dice ella perdiendo el interés. Activa el vapor de la plancha y va directa a fulminar una arruga del vestido que empieza a molestarle.

—Pues, mira, supongamos también que lo estuviera. Y, sabiendo que la locura está registrada como enfermedad en los manuales de psicopatología, deberías entonces cumplir tu promesa, ¿recuerdas?, «... en la salud y en la enfermedad...».

—Por Dios, Antonio, no es lo mismo tener gripe que estar loco.

—¿Son o no son enfermedades?

—Sí.

—Por lo tanto...

—Ya sé, ya sé, «en la salud y en la enfermedad». Pero, en este caso, sería también encubrir un asesinato.

—No tendría por qué serlo. Podría ser el típico atropello cuando vas a sacar el coche del garaje y algún sujeto despistado con las manos cargadas de bolsas de fruta se te mete debajo de las ruedas en el momento justo. Los accidentes ocurren.

—Ya...

—Y ahí es donde entraría esa otra parte de: «... en la prosperidad y en la adversidad...».

—¡Ay, calla! Vale, sí, te ayudaría a enterrarle.

—¿En el jardín?

—Pero ¿por qué en el jardín? Si sabes que tengo preciosas las petunias. Con la acidez del cadáver, se me echarían a perder.

—Te veo puesta en el tema.

—Antonio, no me líes, que ya sabes que lo sé por las series de policías.

—Entonces, sabrás también que el jardín es el sitio que los polis nunca revisan bien.

—Depende de si ven la tierra removida o... ¡yo qué sé!

—En-la-ad-ver-si-dad.

—¡Que sí, vale, te ayudaría a enterrarle en el jardín! Qué pesadito estás hoy, madre mía. Me vas a hacer llegar tarde a casa de Mónica, y eso que está aquí al lado. Sé que no la soportas, pero al menos podrías alegrarte de que sea la única vecina de este barrio de vejestorios con la que puedo salir a tomar algo. La estoy llamando ahora mismo para que sepa que ni siquiera he podido terminar de vestirme por culpa de tus juegucitos. No, mejor... se lo vas a decir tú.

Suena un móvil en el garaje.

—¡Antonio!, ¿dónde está Mónica?

—Tú ve buscando la pala, que ya te la traigo, mi adorada y fiel esposa.